

INDICE

ENTRE LA RAZÓN Y LA FE.....	3
A VUELTAS CON EL NUEVO TESTAMENTO.....	10
CONCLUSIÓN.....	20
BIBLIOGRAFÍA.....	23

Si Dios tuviera en su mano derecha toda la verdad y en su mano izquierda el deseo siempre vivo de buscarla, aun cuando ligado a la certeza de equivocarme sin cesar, y si Él me dijera: "Elige", yo humildemente me precipitaría sobre su mano izquierda y le diría: "Padre dame el deseo, porque la verdad pura es sólo para ti"(1).

Cardedal

Olegario González de

ENTRE LA RAZÓN Y LA FE

Las cuestiones suscitadas en torno a las posibles relaciones entre la fe y la razón, entre la[s] religión[es] y la filosofía son tan antiguas como el origen de las civilizaciones. Las contraposiciones experimentadas entre ambas, la fe y la razón, quedan

finalmente generalizadas en el conflicto que surge entre la religión y la filosofía, pues aquélla es creencia, siempre; y ésta es teoría, también siempre. A tales distinciones se anudan problemas de gran alcance, tal como el de si hay alguna relación entre la religión y la filosofía y, si la hay, de qué tipo o signo puede ser ésta; o la tan manida distinción entre creer y saber.

El problema es grave y serio. En cualquier caso uno puede aproximarse a él si se escudriñan exacta y hondamente (cosa difícil por no decir imposible) ambos conceptos, con el fin de conocer lo que tienen de fundamental, que no de esencial. Sólo un par de alusiones, poco más o menos, podemos intentar aquí.

Para empezar podemos decir que la religión es una <<idea>> basada en un <<hecho>> constante y universal(2); la humanidad es religiosa, que duda cabe; <<de hecho, la historia de la humanidad está, desde sus comienzos, marcada por la conciencia religiosa. Se trata de algo tan esencial a lo específico del hombre como el uso del fuego y de herramientas>>(3); así pues, la palabra <<religión>> tiene un sentido necesario y absoluto. Aún más, parafraseando a Hare, diremos que <<la religión no es un conjunto de afirmaciones sobre el mundo, sino una actitud hacia el mundo>>(4). Además, las religiones son anteriores e independientes de cada creyente; por ello, nadie se las puede apropiar ni identificarse con ellas

hasta el extremo de transferirle su identidad(5).

Partiendo de estos principios, el objetivo de toda investigación sería sobre el hecho religioso, más concretamente sobre el cristianismo, debería ser la de [re]conciliar, en un sentido unívoco, la ciencia con <<la revelación>>, y la razón con la fe; sería demostrar en filosofía los principios absolutos que armonizan todas las antinomias y las contradicciones; revelar, en fin, el equilibrio universal de las fuerzas naturales. Sin embargo, dicha petición se contradice en el mismo instante de su formulación.

En efecto, *si la ciencia* afirmara que no sabe, se destruiría a sí misma. Pero la ciencia no sabe, ni debe intentar, hacer la obra de la fe, así como la fe tampoco debe inmiscuirse ni decidir en materia de ciencia. Una afirmación de la fe, que la ciencia tuviera la temeridad de estudiar, no sería para ella sino un absurdo, por lo mismo que una afirmación científica que nos diera un artículo de fe sería absurda en el orden religioso. Creer y saber son dos términos que nunca pueden confundirse, pero también son dos términos que no son excluyentes. Por tanto, tampoco podrían oponerse el uno al otro en un antagonismo corriente. Dicho con otras palabras: es imposible creer lo contrario de lo que se sabe sin dejar, por esto mismo, de saberlo; y es igualmente imposible llegar a saber lo contrario de lo

que se cree sin dejar de creerlo inmediatamente.

El negar o incluso oponerse a las decisiones de la fe en nombre de la ciencia es probar que no se comprenden la una ni la otra.

Razonar sobre la fe es no razonar, ya que el objeto de la fe se encuentra siempre fuera del alcance de la razón, es la creencia pura, por mucho que González de Cardedal intente convencernos de que <<todo interacciona y condiciona a todo>>(6), lo cual es bien cierto, pero no que <<nada existe como razón pura o fe pura>>(7). Pues la fe es un sentimiento, una creencia, y como tal no se debe matizar más su condición de posibilidad; lisa y llanamente, se cree o no se cree; además, dicho sentimiento es común a la totalidad de la humanidad. De esta forma, si se me preguntara acerca de la existencia de Dios, debería responder honestamente que sí, que <<creo>> en su existencia, y si se me pidiesen razones sobre mi posición no tendría más remedio que aceptar que, en realidad, no tengo ninguna razón y por tanto, tampoco tengo ninguna seguridad de ello, pues si la tuviera, no <<creería>> en Su existencia, sino que, por el contrario, <<sabría>> que existe.

Así es que podemos decir que la fe comienza allí donde la ciencia termina (¿o viceversa?). Si de alguna manera se puede definir la fe, lo único que podríamos

decir de ella es que se trata de una cierta aspiración para comprender lo desconocido, es decir, que el objeto de la fe es, absoluta y necesariamente el <<misterio>>(8), o lo que es lo mismo: Aquello que es inaccesible a la razón y que, en consecuencia, debe ser objeto de <<fe>>; y sólo se puede intentar definirlo, determinarlo y comprenderlo, a través de sus correspondencias supuestas o imaginarias con lo conocido. Cuando el <<misterio>> deja de ser misterio ya no es objeto de fe sino de ciencia.

La razón, por su parte, examina dicho misterio y lo encuentra absurdo. Mas, si esto no fuera así lo comprendería; y si lo comprende, éste no es ya más una fórmula de lo desconocido. Es un infinito finito, es lo desconocido conocido, lo inconmensurable medido, lo indecible nombrado. Pero esto no quiere decir que <<lo finito, por sí solo no pueda revelar lo infinito>>(9), pues <<si la historia fuese sólo el reino de lo finito, sin relación alguna con la trascendencia, Dios no podría revelarse en ella. Además querer comprender la realidad finita sin Dios es una pura abstracción, ya que lo finito no tiene subsistencia en sí mismo>>(10).

Un dios definido sólo por medio de la razón es pues necesariamente un dios finito, y todas las religiones que pretenden ser reveladas de manera positiva, y particular, se derrumban en cuanto la razón las toca.

<<Por supuesto -dirá Pannenberg-, enseguida reaparecerá el teólogo afirmando que el infinito, la trascendencia, se manifiesta también positivamente "como reconciliación y conservación de lo finito en medio de su fracaso">>(11). Pero esto no quiere decir que la razón intervenga no sólo en la definición sino también en la comprensión y aceptación de la existencia de Dios. La razón podría formar parte en dicho asentimiento, es verdad, aunque en último término el carácter esencial de tal conocimiento viene determinado por la fe; es formalmente <<intuitivo>>(12). De esta forma nos encontramos con que el único modo de unir la filosofía y la religión es reconociendo que ambas se oponen, pero se oponen al igual que los dos polos que sostienen el eje de la Tierra. Ambos son indispensables.

Por otra parte, a partir del momento en que se explica una religión, deja de ser una religión y se convierte en un sistema filosófico. Tertuliano tenía razón(13).

Así pues, Dios no puede ser definido sino por la fe, porque <<los asertos sobre Dios, [...], no son susceptibles de verificación>>(14). La ciencia se muestra incapaz de negar o afirmar su existencia: <<No seremos nunca capaces de explicar a Dios>>(15), porque Dios es el objeto absoluto de la fe humana, <<una especie de condición de

posibilidad para que el hombre se reconcilie con la realidad objetiva>>(16), que es equivalente a decir que se reconcilie consigo mismo; es lo que Bloch llamaría <<la entronización de la realidad divina en el sujeto humano>>(17); las <<religiones(18) son pues cuestión de... ganas; no sólo de ideas y de razones>>(19). Es decir, que tanto para creer como para no creer es necesario el concurso de la voluntad. Como en todo.

A VUELTAS CON EL NUEVO TESTAMENTO

Vale decir desde el comienzo que los Evangelios son el espíritu de Jesús, y este espíritu es, en principio y supuestamente, divino: <<Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida>>(20). <<Pero el hombre -dirá San Pablo-, naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas>>(21). El Evangelio es pues, fundamentalmente, la historia de su espíritu, no la crónica de su vida. Él mismo lo dice: <<lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu [...]. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo lo que nace del Espíritu>>(22).

Por otra parte nos encontramos que a lo largo de

toda la historia de la humanidad el espíritu de Jesús ha sido presentado, saludado y venerado por los iniciados de todos los cultos. En Egipto, bajo el nombre de *Horus*, lo adoraban durmiendo todavía en el seno de *Isis*(23); en la India le llamaban *Krishna* y lo colgaban de los pechos de *Devaki*(24); los druidas levantaron una estatua a la virgen que debía concebir a *Abais*(24). *Moisés* y los profetas preludian la epopeya de los Evangelios; *Mahoma* la reconoce y no protesta sino contra la adoración idólatra de su carne. La Humanidad profesa pues la misma religión desde siempre. Que se disfrace de india, de judía o de turca, en todas las partes de la Historia de la Humanidad la Religión es esencialmente la misma y el dogma es, de alguna manera Universal. Los Vedas, El Talmud, La Biblia, El Corán..., son versiones distintas del mismo libro. Sólo existe una ley como sólo existe un Dios. Aunque más correctamente debería decir que Dios está por encima de todo dogma o religión. Las pruebas de ello son evidentes: <<¿Qué es pues Apolo? ¿Qué es Pablo?... ¡Servidores, por medio de los cuales les habéis creído!, y cada uno según lo que el Señor le dio. Yo Planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que hace crecer. Y el que planta y el que riega son una misma cosa>>(26). También en la epístola a los Efesios San Pablo vuelve a recordárnoslo:

<<... Un solo Cuerpo y un solo Espíritu [...]. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que *está sobre todos, por todos y en todos*(27)>(28)

La lógica es aplastante (y en este caso sí que interviene la razón): supongamos (si alguien hay que no quiera dar crédito a la fe), que Dios existe. Si Dios existe, entonces no habría autorizado solamente a Moisés, porque si lo hubiese hecho no debería haber tolerado a Jesús. Pero si sólo hubiese autorizado a Jesús, no habría tolerado a Mahoma. Luego, sólo puede haber, si la hay, una ley divina, mas, aquí *abajo*, hay una gran multitud de jueces y una gran cohorte de abogados que tratan de reedificar sin cesar, pese a sus perpetuos derrumbes, la Babel de las contradicciones humanas.

Hacer de las *tinieblas* un arma para aumentar el miedo, redoblar la oscuridad de los misterios, exigir la obediencia ciega, es el ardid de las religiones (de todas); es el secreto de los sacerdocios ambiciosos que quieren sustituir a la divinidad por el sacerdote, la religión misma por el templo y las virtudes por las prácticas.

¿Acaso nos impondría el cielo una ley rigurosa sancionada por suplicios eternos, y no haría claro y evidente la promulgación misma de la ley? La [supuesta]

verdad sería el patrimonio exclusivo de algunos fanáticos inexorables, y la Humanidad entera estaría abandonada al bamboleo del error y de la fatalidad. Una religión exclusiva no es una religión católica. Católico, significa universal.

Exaltar hasta el infinito la codicia y el miedo mediante promesas y amenazas que parecen sobrenaturales porque son contra la naturaleza; formar un ejército con la inmensa multitud de cabezas débiles y de corazones cobardes, que se volverán generosos por interés o por temor, y realizar la conquista del mundo con este ejército, he aquí el gran sueño sacerdotal y todo el secreto político de los pontífices de todo tiempo y de toda religión. Por el contrario, ilustrar a los ignorantes, emancipar las voluntades, librar a los hombres del miedo y gobernarlos por la comprensión, la solidaridad y la caridad; hacer accesible a todos la verdad y la justicia; imponer solamente a la fe las hipótesis necesarias a la razón; atraer así todos los pueblos hacia un dogma único, simple, consolador y civilizador, he ahí, quizá, la realidad divina, la realidad que el Evangelio dio al mundo.

La *lógica* de Jesús ha hecho ver que no es en tal ciudad o nación, ni sobre tal montaña, ni tan siquiera en el templo donde se debe buscar a Dios, sino en el espíritu y en la verdad, porque <<la verdad nos hará

libres>>(29). Su enseñanza ha sido simple como su vida: <<Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. [...]. Amarás a tu prójimo como a ti mismo>>(30); he aquí, decía él, toda la ley.

Es así como habría los ojos de los ciegos, obligaba a los sordos a oír y a los cojos a caminar derecho. Las maravillas que operaba en los espíritus han sido cantadas bajo esta forma alegórica tan familiar a los orientales. Su palabra se ha vuelto un pan que se multiplica, su poder moral un pie que camina sobre las aguas, una mano que apacigua las tempestades. Las leyendas se han multiplicado con la admiración siempre creciente de sus discípulos. Cuentos encantadores semejantes a los de *Las mil y una noches*(31), dignos de los siglos bárbaros que creemos haber atravesado pero que no han terminado aún de tomar estas graciosas ficciones por realidades materiales y groseras, de discutir anatémicamente la virginidad material de María, de establecer entre las manos de Jesús una panadería y una pescadería invisibles y milagrosas para multiplicar los panes y los peces en el desierto. Por eso, dirá Bultmann del Evangelio que <<hay que interpretarlo, que desmitologizarlo, ya que se trata de un texto escrito hace dos mil años en un horizonte cultural y espiritualmente distinto del nuestro. [...]. De lo contrario correríamos el riesgo de... rechazar su mensaje central

sobre Dios y sobre Jesucristo>>(32).

El Evangelio pertenece a la ciencia como monumento de la fe, pero no como documento histórico, que también lo es. Pero sobre todo, los Evangelios son el símbolo de las grandes aspiraciones de la Humanidad. Son la leyenda ideal del hombre perfecto. Esta leyenda ya la había esbozado la India al cantar las maravillosas encarnaciones de *Vishnú*, en la persona de *Krishna*. *Krishna* es también hijo de una virgen. La casta *Devaki*, criando a su hijo divino, se halla en el panteón hindú. Cerca de la cuna de *Krishna* se ve la figura simbólica del asno; su madre lo lleva para substraerlo a un rey celoso que quería matarlo. Si los Vedas no fueran anteriores al Evangelio, se diría que todo eso ha sido copiado de nuestro Nuevo Testamento(33). ¿Podemos decir que todo eso es despreciable y que no contiene nada de divino o trascendental? Por nuestra parte, creemos que hay que llegar a una conclusión diametralmente opuesta. En efecto, hasta González de Cardedal está de acuerdo: <<Las religiones son la expresión máxima, escribe Cardedal, de esa orientación del hombre hacia una meta, de la búsqueda de una respuesta a los enigmas de la condición humana, de la percepción de aquella realidad misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas a la que reconocemos(34) un carácter divino>>(35).

Así pues, nos atrevemos a decir que el espíritu del

Evangelio es eterno y su fórmula es la de las aspiraciones de la Humanidad, tan antigua como la memoria del Mundo. La idea de una encarnación, es decir, de la manifestación de Dios en el Hombre, se encuentra en todos los dogmas de todas las religiones. Por lo demás, los apóstoles no niegan que el Evangelio sea un libro simbólico. <<Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto -dice San Pablo, y continúa escribiendo-, Jesucristo. Y si uno construye sobre este cimiento con oro, plata, heno [...], la obra de cada cual quedará al descubierto [...]. Y la calidad de la obra de cada cual la probará el fuego>>(36). Así es como se podría explicar la elección que más tarde se ha hecho de los libros canónicos y la repulsa definitiva de los evangelios apócrifos.

San Juan también lo dice: <<Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran>>(37). Pues bien, el campo de la historia es limitado, pero el de la alegoría es inmenso, y si san Juan o san Pablo no hubiera querido indicar con estas palabras el verdadero alcance del Evangelio, habrían dicho un absurdo.

Pero aunque los apóstoles callaran la evidencia hablaría de sobra. ¿Es preciso, por ejemplo, demostrar a gentes razonables que el diablo, es decir, el personaje

ficticio que representa el mal, no ha transportado material y efectivamente a Jesús sobre una montaña tan alta que de allí podía ver todos los reinos de la Tierra?(38). El Evangelio está lleno de semejantes historias, compuestas conforme el genio de los hebreos, que ocultaban siempre su doctrina secreta mediante enigmas e imágenes; conforme también, entonces, al genio de Jesús(39).

También el *Talmud* está compuesto según este método. Así, para estudiar el *Talmud*, en opinión de los expertos, es indispensable echar una ojeada sobre las antiguas religiones de todos los pueblos de Oriente(40), para no achacar, como se hace ordinariamente, el judaísmo, al estilo alegórico y a esa inmoderada predilección por las fábulas sagradas, común a casi todos los intérpretes de las religiones orientales.

¿Se debe creer que bajo todas estas alegorías la persona real de Cristo se difumina? ¿Se puede pensar que la <<historia>> de Jesús es tan dudosa como la de Buda o la de Krishna? ¿Cómo se atrevería uno a afirmarlo si todos ellos viven todavía en sus obras, están presentes en su espíritu, ya que han cambiado y siguen cambiando a las personas y a las sociedades?

Se ha puesto en duda la existencia de Homero; pero ¿de cuál Homero? ¿El de los comentadores, tal vez, el de los historiadores?, pero ¿no está ahí la *Iliada* y la

Odisea? ¿Se han compuesto solos estos poemas? Hay mucho trecho sin duda entre estos grandes poemas y la historia de las grandes religiones, mas ahí está la *Iliada* donde los dioses combaten y son vencidos por mujeres y niños, o la historia de la Iglesia que tras persecuciones de todo tipo, llega a Roma, vence a sus enemigos y se sienta sobre el trono del mundo.

El espíritu de Jesús existe más cierta y más evidente que el genio de Homero (a pesar de los errores, desviaciones e intransigencias de la Iglesia y de sus miembros). Busquemos en los Evangelios luces de fe y no datos para la historia ni probabilidades para la ciencia. Además, la ciencia no puede negar el hecho de la existencia de las religiones, es obvio, de su instituciones y de su influencia sobre los acontecimiento históricos. Empero, si todos los críticos del cristianismo quieren documentos para la historia de Jesús, no es disfrazando el Evangelio o agregándole variantes fantásticas, ni dando a sus milagros tomados al pie de la letra explicaciones científicas, cómo lograrán hacer algo razonable. Jesús era judío, vivió y murió entre los judíos. En cualquier caso, nos atrevemos a decir, no sin cierto recelo no exento de osadía, que la divinidad de Jesucristo no existe sino dentro de la Iglesia Católica, a la cual ha transmitido jerárquicamente su vida y sus poderes divinos. Esta divinidad es

sacerdotal y real por comunión, pero fuera de ella toda afirmación de la divinidad de Jesucristo es idólatra, ya que, tal vez, Él no sabría ser un Dios separado de los Otros.

Todo lo dicho hasta ahora nos podría hacer pensar que el cristianismo es fruto de las meditaciones de la sabiduría de Oriente

CONCLUSIÓN

Es inevitable concluir(41), y si algo hay que sobresale a lo poco que hemos dicho, es que la religión es una pasión, y de todas ellas, la más viva y poderosa, pues ella se expresa, sea a través de la afirmación o de la negación, con igual fanatismo. Mientras que unos afirman que Dios les ha hecho a su imagen y semejanza, otros lo niegan con temeridad.

Por otra parte, parece ser que los filósofos han reflexionado suficientemente sobre la necesidad de la religión en la Humanidad: en efecto, la religión existe por encima de toda discusión, es un hecho. Pero también es una facultad del hombre, como la inteligencia, el amor o el odio, la caridad, etc. Mientras existan seres humanos, existirá la religión. Así considerada, ella no es otra cosa que la necesidad de un <<idealismo infinito>>, necesidad que justifica todas las

aspiraciones al progreso.

Es a esta innata necesidad de creencia a la que podemos llamar, con cierta temeridad, *religión natural*, y todo lo que tienda a limitar o disminuir el desarrollo de dicha creencia está, dentro del orden religioso, en oposición a la naturaleza. La esencia del propósito religioso es el misterio, puesto que la fe comienza en lo desconocido y abandona todo el resto al abandono de las investigaciones de la ciencia. De ello resulta que la duda viene a ser mortal para la fe. Ella, la fe, intuye que la intervención de un ser divino es necesaria para superar el abismo que separa lo finito de lo infinito, y afirma dicha intervención con todo el ímpetu de su *corazón* y toda la capacidad de su inteligencia.

Hemos dicho que no hay religión sin misterios; añadiremos que no existen misterios sin símbolos que de alguna manera los muestren. El símbolo es pues la fórmula o la expresión del misterio, que viene o intenta expresar su profundidad ignota mediante paradójicas imágenes tomadas de lo conocido. La forma simbólica, al representar lo que se encuentra por encima de la razón científica, necesariamente debe estar fuera de dicha razón. De ahí la frase célebre y perfectamente justa, atribuida a Tertuliano: <<Lo creo porque es absurdo>>, *credo quia absurdum*.

Para terminar me viene a la memoria una vieja leyenda hindú en la que explica que hubo un tiempo en que todos los hombres eran dioses pero que abusaron tanto de su divinidad, que Brahma, el señor de los dioses, decidió quitarles el poder divino y esconderlo en un lugar donde les sería imposible encontrarlo. El gran problema para Brahma fue entonces hallar un escondite apropiado.

Los dioses menores fueron convocados a un consejo para solucionar tal problema. Unos proponían enterrar la divinidad del hombre en la tierra. Pero a Brahma no le parecía bien porque el hombre cavaría y la encontraría.

Otros propusieron esconder la divinidad en lo mas profundo del mar. Sin embargo Brahma tampoco estaba de acuerdo porque tarde o temprano el hombre exploraría los fondos de todos los mares, y un día la encontraría y la sacaría de donde está.

Entonces los dioses concluyeron que no sabían dónde ocultarla, pues no existía sitio en la tierra o en el mar donde el hombre no pudiese llegar.

En esto, que a Brahma se le ocurre que la divinidad del hombre debería ser escondida en lo más profundo de él mismo, porque sería el único sitio donde no pensaría jamás en buscar.

Desde aquel momento el hombre ha dado la vuelta a la tierra, ha explorado, escalado, sumergido y cavado, a

la búsqueda de algo que está dentro de él(42).

¹Olegario González de Cardedal: *La Entraña del Cristianismo*, 2 edición, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, pág., 222.

2.-Sin embargo para González de Cardedal <<la religión es fundamentalmente un hecho antes que una idea o que una posibilidad universal>>. Yo creo que en este caso concreto, ambos conceptos son coextensibles. Olegario González de Cardedal: *La Entraña del Cristianismo*, 2 edición, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, pág., 343.

3.-Manuel Fraijó Nieto: *El Sentido de la Historia. Introducción al Pensamiento de W. Pannenberg*. Ediciones Cristiandad, S.L., Madrid, 1986, pág., 136.

4.-Citado Por Manuel Fraijó Nieto en *El Sentido de la Historia. Introducción al Pensamiento de W. Pannenberg*. Ediciones Cristiandad, S.L., Madrid, 1986, pág., 84.

5.-Olegario González de Cardedal: *La Entraña del Cristianismo*, 2 edición, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, pág., 438.

6.-*Ibíd.*, pág., 190.

7.-*Ibíd.* pág., 190.

8.-¿Qué otra cosa puede ser más sobrecogedora que la fe entusiasta en la que hemos sido educados, sostenida durante tantos siglos ante los más incomprensibles y, si queréis, más escandalosos misterios?

9.-Manuel Fraijó Nieto: *El Sentido de la Historia. Introducción al Pensamiento de W. Pannenberg*. Ediciones Cristiandad, S.L., Madrid. 1986, pág., 119.

10.-*Ibíd.*, pág., 119.

11.-Citado por Manuel Fraijó Nieto en *El Sentido de la Historia. Introducción al Pensamiento de W. Pannenberg*. Ediciones Cristiandad, S.L., Madrid, 1986, pág., 119.

12.-Un ejemplo no muy brillante de este tipo de conocimiento evidente lo tenemos en la <<unidad>>; todos sabemos que la unidad es una abstracción, tal vez la primera de todas, pero me resultaría muy difícil explicar cómo se ha llegado hasta ella; nadie puede negar su existencia, pero nadie puede decirme cuál es el procedimiento científico que me conduce a ella. Todo esto al margen de las propiedades tan particulares que la acompañan y que son única y exclusivamente privativas de la unidad, como son, entre otras que multiplicada y dividida por sí misma es siempre la unidad; la raíz cuadrada y cualquier otro tipo de raíz, nos da como resultado siempre ella misma, etc.

13.-El *Credo quia absurdum* es eterno.

14.-Citado Por Manuel Fraijó Nieto: *El Sentido de la Historia. Introducción al pensamiento de W. Pannenberg*, Ediciones Cristiandad, S.L., Madrid, 1986, pág., 79.

15.-Olegario González de Cardedal: *La Entraña del Cristianismo*, 2 edición, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, pág., 187.

16.-*Ibíd.* pág., 61.

17.-Citado por Olegario González de Cardedal: *La Entraña del Cristianismo*, 2 edición, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, pág., 123.

18.-Olegario González de Cardedal: *La Entraña del Cristianismo*, 2 edición, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, pág., XV; en el original en lugar de religiones está escrito <<cristianismo>>.

19.-*Ibíd.*, pág., XV.

20.-*Jn 6*, 63.

21.-1 Co 2, 14.

22.-Jn 3, 6-8.

23.-Para más información me remito al libro de Kazimierz Michalowski, director del Instituto Arqueológico polaco del Cairo, *Arte y Civilización de Egipto*, Editorial Gustavo Gili, S.A., Barcelona, 1969. También en Hermann Boekhoff y Fritz Winzer: *Historia de la Cultura Oriental*, Editorial Labor, S.A. Barcelona, 1968, págs., 72-130.

24.-Para más información consultar *LOS GRANDES CLÁSICOS DE LA INDIA*, vol., 1-5, Fondo Editorial Bhaktivedanta, Los Ángeles, EE.UU., 1984.

25.-Federico Carlos Sanz de Robles: *Ensayo de un Diccionario Mitológico Universal*, M. Aguilar Editor, Madrid, 1944, págs., LIII-LVI y 203-204.

26.-1 Co 3, 5-8.

27.-El Subrayado es mío.

28.-Ef 4, 1-6.

29.-Jn 8, 32.

30.-Mt 22, 37-39; Mc 12, 29-31; Lc 10, 27-28.

31.-Citado por Manuel Fraijó Nieto en le curso de doctorado *El cristianismo, desde la filosofía de la religión*, 25, II, del año 2000.

32.-Citado por Manuel Fraijó Nieto en *El Sentido de la Historia. Introducción al Pensamiento de W. Pannenberg*, Ediciones Cristiandad, S.L., Madrid, 1986, pág., 94.

33.-*LOS GRANDES CLÁSICOS DE LA INDIA*, vol., 1-5, Fondo Editorial Bhaktivedanta, Los Ángeles, EE.UU., 1984. También en Hermann Boekhoff y Fritz Winzer: *Historia de la Cultura Oriental*, Editorial Labor, S.A. Barcelona, 1968, págs., 229-329.

34.-El subrayado es mío para advertir que en el

original aparece escrito <<reconocen>>, en lugar de <<reconocemos>>

35.-Olegario González de Cardedal: *La Entraña del Cristianismo*, 2 edición, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, pág., 307

36.-1 Co 3, 11-14.

37.-Jn 21, 25.

38.-Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13;

39.-Sobre el sentido *alegórico* del Evangelio, de la vida, del hombre, de Jesús, véase Olegario González de Cardedal: *La Entraña del Cristianismo*, 2 edición, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1998, pág., 307-308.

40.-*Historia de la Cultura Occidental*, Editorial Labor, S.A. Barcelona, 1966, págs., 78-79, 87-88.

41.-Se dice que todo comienzo tiene un fin, por mi parte, no soy capaz de re-conocer el Comienzo ni de atisbar el Final.

42.-Bhaktivedanta: *LOS GRANDES CLÁSICOS DE LA INDIA*, vol., 4, Fondo Editorial, Los Ángeles, EE.UU., 1984, págs., 297-331.

BIBLIOGRAFÍA:

Bhaktivedanta: *LOS GRANDES CLÁSICOS DE LA INDIA*, vol., 1-5, Fondo Editorial, Los Ángeles, EE.UU., 1984.

Boekhoff, Hermann y Winzer, Fritz: *Historia de la Cultura Oriental*, Editorial Labor, S.A. Barcelona, 1968.

-*Historia de la Cultura Occidental*, Editorial Labor, S.A. Barcelona, 1966.

Fraijó Nieto, Manuel: *El Sentido de la Historia*.

Introducción al Pensamiento de W. Pannenberg.
Ediciones Cristiandad, S.L., Madrid, 1986.
-*El cristianismo. Una aproximación,* Editorial
Trotta, Madrid, 1997.

González de Cardedal, Olegario: *La Entraña del
Cristianismo,* 2ª edición, Secretariado
Trinitario, Salamanca, 1998. Kazimierz
Michalowski, director del Instituto Arqueoló-
gico polaco del Cairo, *Arte y Civilización
de Egipto,* Editorial Gustavo Gili, S.A.,
Barcelona, 1969.

Sanz de Robles, Federico Carlos: *Ensayo de un
Diccionario Mitológico Universal,* M. Aguilar
Editor, Madrid, 1944.